

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X. DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:
Todos los suscritores. NÚM. 437.

MURCIA 4 DE SEPTIEMBRE DE 1898

La Juventud Literaria

PALIQUE

Estamos en plena feria.

Los forasteros ya han empezado a invadir nuestra ciudad y ésta vá tomando por momentos grandiosa animación.

Los toros prometen dar mucho juego.

Y nuestras paisanas, con sus naturales encantos, prestarán a la nacional fiesta el atractivo mas tentador, para que cualquiera, *impensadamente*, tome algunas varas.

La mujer en estas fiestas es indispensable. Sin ella resultaría sosa, monótona, es decir, sin la sal propia que requiere el *estofado*, para que esté en todo lo suyo.

Nosotros, según un amigo nuestro, somos toros sueltos.

He aquí las definiciones que dá nuestro amigo:

1.º El Tenorio tímido.—Vé a una mujer, y cuando ésta le hace cara, huye de la suerte, y anda receloso, se llama *toro abanto*.

2.º El trovador decidido.—El que a las primeras de cambio le dice a una mujer ¡olé tu mare! ¡alza pilile! Este es *toro bovan-te*.

3.º El conquistador precavido.—Aquel que siempre anda *receloso*, creyendo que se la pegan, se llama *toro corrido*.

4.º El tenorio callejero.—Ve a una chica, la sigue, la sigue, la sigue, pero no la mata, ese se llama *toro de cola*.

5.º El amante estrafalario.—Su novia es una modistilla muy guapa, amante de Terpsicore. Un día la sorprende bailando en casa de unas amigas, y sin decir palabra, le dá una bofetada y arma bronca; este se llama *toro revoltoso*.

6.º El enamorado inocente.—Cuando llega a casarse, generalmente es dominado por su esposa, y todo lo que hace él es lo que a ella se le antoja; este es un *toro manso*.

Y he aquí una corrida completa.

A los maridos se les pueden aplicar varios nombres, que omitimos por no hacer pesado el palique.

Otro día hablaremos de éstos.

Y pasemos a otra cosa.

Recortes:

«A fines de la presente temporada con- traera matrimonio, con una señorita de Al-

calá del Río, el popular matador de toros Antonio Reverte.»

No te tires Reverte

no te tires Reverte

no te tires Reverte...

no seas bobo.

«Procedentes de Aranjuez llegaron antea- yer a Valencia siete personas de una misma familia, enfermas todas a consecuencia de un atracón de sandía.

«Dos de ellas se encuentran graves.»

¡Caracolillos! Si esto hacen las sandías ¿qué no harán los melones? Pues...¿y las calabazas?

Cualquiera se fía de las cucurbitáceas.

¡Hay tantas en el mundo!

Según los últimos despachos telegráficos, los Estados Unidos, además de quedarse con Cuba y Puerto Rico, pretenden hacer lo propio con la isla de Luzón.

Me parece que con quien «se están que- dando» es con nosotros.

Lástima de...

¡Maldita «sea la...»

EL RIGODÓN Y LA SOCIEDAD

¡El rigodón y la sociedad! Antes de todo debo advertir que sé de rigodón lo suficiente para no poderle bailar; y si me alcanza de sociedad lo bastante para llevarme un nuevo chasco cada día; de modo que estoy en la mejor disposición para hablar de ambos asuntos.

No hay nada como estar a oscuras sobre una materia, para dilucidarla con toda autoridad que dá el descaro y todo el descaro que proporciona la ignorancia.

Esto no es modestia; es confesar únicamente que quiero andar a la moda.

Mas de una vez he escuchado: «El rigodon es el verdadero baile de la sociedad»; y yo añado mas todavía: «El rigodon es el verdadero emblema de la sociedad».

Escúchanse los armoniosos acordes de la orquesta, y a su señal empiezan las parejas sus evoluciones; pero su marcha mas ó menos rápida, depende únicamen-

te de la voluntad de los bailarines, por- que su paso independiente no se sujeta para nada a la música.

Lo mismo en un todo hace la sociedad con la razón, prescindiendo por completo de sus leyes de la manera mas absoluta, y abandonada a sus ridículos caprichos, tampoco cuida nunca de llevar el compás.

Pero acaba una figura, y los obedien- tes Orfeos se detienen, volviendo a em- pezar subordinados, para seguir mas acordes con el baile.

Tambien hace otro tanto el sentido común.

Tambien se modifica a impulsos de las manías de la sociedad, y acata respetuo- so sus extravagancias. ¡Hubiera sido sensato en algun tiempo un marido a la moda capaz de tener un verdadero pes- sar si le falta el correspondiente Cirineo, ese mueble, al principio de lujo, pero ya de necesidad para la exquisita perfec- cion de un matrimonio elegante? Habie- ra sido razonable en otras épocas ese bo- nachon esposo que obsequia y distingue al officioso amigo, solo por hacer alarde de hombre de mundo, de persona des- preocupada? A buen seguro que esta loca sociedad, que le señala como modelo, hubiera en otro siglo, desplomado sobre su desdichada cabeza todo el peso de una anatema canónico y civil; a buen segu- ro que no le hubiera admitido en su se- ño, sino despues de haber derramado sangre.

¿Qué será decir esto que la razón se perfec- ciona, que la civilización suaviza y mo- difica los instintos salvajes, que las ideas son menos bárbaras y feroces? No, nada de eso; de aquí se deduce lisa y llana- mente que la razón es un siervo sumiso de la sociedad.

Una de las cosas que me ponen en el caso de no poder bailar es la tentación de risa que me causan las cortesías del rigodon. ¡Vamos! no puedo con ello.

No acabaré nunca de familiarizarme con esas fisonomías graves y poseídas de importancia de su papel, que acompa- ñan con una severidad diplomática los saludos de ordenanza; pero sobre todo cuando yo soy el actor, hasta las colga- duras y los espejos pienso que se están riendo de mí.

Todos estos ridículos gestos se me an- tojan al seco y descarnado esqueleto de una visita de etiqueta, los picos del cue- llo y las coyunturas lo son todo, el hom- bre no es nada.

Las últimas palabras, la frase sacra- mental de «gracias», con que despiden los bailarines, es la mas refinada hipoc- resía, el mas duro lenguaje desociedad.

«Gracias», dice ella, y piensa haber hecho feliz a su caballero por los instan- tes que ha estado a su lado. «Gracias» repite él a coro, plenamente convenci- do de haberla dispensado en honor en distinguirla. Los dos mienten y ningun- no se engaña.

¡Rigodon! Eres el emblema de la so- ciedad.

S. V.



INSTANTÁNEA

En su mente solo cabía una idea.

¿Qué podía esperar ya de su suerte? ¡Desgracias, desdichas, contrariedades y sinsabores!

El llanto era su patrimonio.

El dolor su amigo inseparable.

La miseria el horizonte de su porve- nir.

Confíaba, si, en Dios, y de él esperaba.

Pero, una duda sin embargo corroía su existencia.

Sola, sin amparo, ¿qué sería de sus hijos?

Tiernas criaturas de muy pocos años, solo podían servirle de sufrimiento.

Nadie, apesar de sus súplicas la soco- rría.

La idea del mal, iba poco a poco crea- do cuerpo en su cerebro.

Su naturaleza enfermiza y exaltada, iba perdiendo levemente las energías de que ante hiciera alarde.

—¡Pan! madre ¡pan!—dijo una voz infantil, si, pero debil:—Voy a traerte, sea como sea, el pan que necesites, cues- te lo que cueste, valga lo que valga, es- té donde esté.

Y loca, desesperada, salió a la calle en busca de ese alimento.

Frenética y exaltada, corría y corría, como un autómata, insensible a todo cuanto la rodeaba.

Nada la estorbaba, nadie se hubiera atrevido a detenerla.

Era la matrona de la maternidad, en defensa del pan de sus cachorros

Entró en un suntuoso portal y subió hasta el piso principal.

